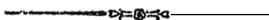


EL GABON¹ DE AUZARRAGA.



(LEYENDA BASCONGADA).

(CONCLUSIÓN.)

IV.

Poco despues que Ortuño, llegó tambien á Auzárraga con dos niños suyos, una hija del viejo Iñigo casada con Oiquina; con los cuales y las gentes de la casa se llenó cumplidamente la mesa del buen Echejaun.

No es posible describir la alegría que reinó en la cena, ni las locuras que se hicieron despues, ni los innumerables versos que se cantaron.

Apénas se dejó en el olvido ninguna de las innumerables canciones que tiene el bascuence para la celebracion del Gabon.

Pero la qué hubo que repetir varias veces á peticion del nonagenario anciano, cuyas delicias hacia, ya porque armonizaba con la alegría que embargaba su ánimo ya porque las palabras de su coro formaban un eco divertidísimo con la esplosion de las castañas que sin interrupcionn se asaban toda la noche, segun costumbre de ese día, era una, cuya primera estrofa vamos á transcribir, por su cadencioso ritmo, y el aire de encantadora y primitiva sencillez que reina en ella.

(1) *Gabon*. Noche buena de *gau*, noche, y de *on*, buena.

Mutill, arturik, arturik biñigu ta ardo
arturik, arturik, guazen echera!
Gabon ondo egin dezagun,
aita ta amaren onduan;
ikusiko dek aita farrez,
baita ama ere kontentúz!
Baita, neu ere, zelango tragan
¡esanaz, lenaz, Jesús!
¡Eragiok mutill! Eragiok mutill
aurreko danboliñ orri.
Gaztañak erre artian, gaztañak erre artian,
plis, plost
gaur Gabon egin daigun ederki.

Pero quien estaba fuera de sí de satisfaccion y de dicha, era el gallardo Ortuño; quien no se saciaba de rebosar su alegría al verse en aquel nido de sus amores al lado del bondadoso anciano á quien tanto amaba, y respirando el dulce aliento de su idolatrada niña cuya hermosura solo podia compararse con la original pureza de su alma.

Pero como en todas las cosas humanas, tampoco allí dejaba de haber una sombra que turbára la alegría general, y era el velo de tristeza que nublaba, á pesar de sus esfuerzos, el rostro de Dominica, y que en vez de disiparse, se extendia al compás de la exaltacion y de la loca algazara de los demás.

—¿Por qué no ries? ¿Por qué no cantas como nosotros? le decia Ortuño. Aun prescindiendo de la inesperada llegada de todo un mozo como yo, que basta para alegrar los ojillos de todas las muchachas del contorno, ¿no hay acaso en la solemnidad de una noche como esta, bastante motivo para despertar el inocente júbilo de una doncella tan piadosa como tú?

—¡Déjala! ¡Déjala! replicaba el viejo, cuya ventura nada era capaz de turbar en aquellos momentos. La emocion y el placer de verte aquí tan de repente, cuando ya te contaba con los muertos, le ha embargado los sentidos. Canta tú, Ortuño, que lo haces muy bien, y verás como tambien ella se anima poco á poco.—

Diciendo así, Iñigo entonaba una cancion con voz trémula, y pronto, el jóven con robusto acento, y la hija, y los niños y los sirvientes, hacian coro al venerable jefe.

Sin embargo, nada de esto bastaba á sacar á Dominica de su sombría abstraccion.

No era pesar, no era tristeza lo que sentia su corazon en presencia de aquel desdichado, que á sus ojos se hallaba allí por un milagro de la Virgen, con el único objeto de reanimar á su abuelo, y que al dia siguiente, ó en la misma noche tal vez, habia de dejar la vida para siempre. ¡Era un sentimiento de angustia, de sobrehumano terror, que helaba su sangre en las venas y hacia suspender bruscamente, al pensar en ello, los latidos de su corazon.

Aquella algazara, aquellos cantos y gritos de júbilo, resonaban en su alma como las lúgubres lamentaciones de un funeral! Le parecia asistir á la fiesta fantástica de la muerte, que celebraban los espíritus enemigos en torno á la tumba de su amante, que se dejaba arrastrar á ella, enloquecido por las estrepitosas carcajadas de su alegría infernal.

La ligera palidez, y las amarillentas ojeras, que dejaron en el rostro de Ortuño las fatigas del naufragio, así como las angustias y las convulsiones de la agonía aparecian á los ojos de Dominica como las huellas que dejó en él la muerte, quien léjos de renunciar á él, espiaba el instante de verle abandonado del poder divino que le habia arrancado por un momento de entre manos para echarle de nuevo la garra.

No puede pintarse la dolorosa agonía que sufrió la infeliz en esa eterna noche.

Ya para el fin, sus oidos zumbaban, ahogábale el desordenado movimiento de su corazon, y el frio sudor de la agonía bañaba su pálida frente.

—¡Siquiera su alma! ¡Siquiera su alma! murmuraba con espanto al pensar que acaso dentro de pocas horas tendria que dar á Dios cuenta de su vida, aquel infeliz que en la embriaguez de su dicha, solo pensaba entónces en gozar y vivir.

Si aquello hubiera continuado unos minutos más, hubiera quedado desvanecida por la emocion.

Afortunadamente, Auzárraga dejando la mesa, se asomó á la ventana; y viendo por la posicion de los astros que era ya la media noche, dió por terminada la fiesta, disponiendo que en honra de la Santísima Virgen se rezara el Santo Rosario.

Así se hizo, y cuando despues de concluir se fué todo el mundo retirando, Dominica se acercó á Ortuño y le dijo que tenia que hablarle.

—Ya lo estaba esperando,—repuso con aire malicioso el jóven.

—¿Qué muchacha por poco enamorada que esté, no tiene algo que decir á su novio despues de tanta ausencia?

—¿Pero es posible, Ortuño, repuso con dolor su prima, que te ocupen en este instante semejantes pensamientos?

—No; que me ocuparé de las caras feas de esos horribles Char-chianos, teniendo una tan bonita á mi lado.

—Sin embargo... Ortuño...

—Mira Dominica: ó á mí se me ha vuelto la mollera, ó á ti te pasa algo grave que te preocupa en extremo.

—Algo... ¡sí! ¡por desgracia!

—¿Y querrás decirme qué es ello?

—¡He creído que habías muerto!

—No le ha faltado mucho.

—Pero no es eso solo, sino que, aun temo...

—¿Que?

—Que no estés.... del todo vivo.

Ortuño al oír aquello que le parecia un enorme despropósito, miró con atónitos ojos á su prometida, temiendo que hubiese perdido la cabeza; pero luego cediendo en vista de su seriedad á su hilaridad habitual, soltó una estrepitosa carcajada.

La jóven, como si aquella risa hubiera sido una puñalada que la hiriera en el corazon, llevó las manos al pecho y prorrumpió en un triste llanto.

Entónces su novio, que la queria apasionadamente, y que tenia por otra parte tan alta idea de su virtud y de su discrecion, sospechó que algun fundamento tendrian sus aparentes estravagancias, y la dijo estrechando con ternura sus manos:

—Vamos, Dominica mía, tranquilízate, y dime lo que te ocurre: pues una muchacha tan juiciosa y razonable como tú, no hace por mero capricho lo que tú esta noche.

—Sí, todo lo sabrás Ortuño, pero necesito conocer ántes las circunstancias de tu naufragio,

—Ya las has oído hace poco, pero te las repetiré si lo deseas,

—Sí, sí.

—Pues bien; al doblar nuestro buque anteayer el cabo de Machichaco, para ganar el puerto de Guetaria, fué rendido por el horrible Noroeste que reinaba, y arrastrado por las olas y anegándose por el agua que le entraba á consecuencia de la mala reparacion de anterio-

res averías, acabó por ser arrojado sobre unos peñascos. Algunos ganaron un bote, pero pocos; y los demás quedamos entregados á las olas aunque muy cerca de tierra; á pesar de lo cual, nos fué imposible arribar á ella, porque la maldita resaca nos llevaba mar adentro. Yo ignoro cuántos se salvaron, si bien he oído decir que alguna media docena, que serian sin duda los que se embarcaron en el bote. En cuanto á mi, despues de luchar desesperadamente algun tiempo, sentí que se me agotaron las fuerzas y comprendí que ya no habia salvacion posible. En tan terrible instante, pedí á Dios perdon de mis culpas, invoqué á la Virgen de Iciar como la última esperanza, y enviándote mi postrer adios, me abandoné á las olas.

No puedo decirte lo que pasó desde ese punto, pues perdí completamente los sentidos, pero lo que sé es, que al dia siguiente, es decir á las 24 horas de haberme entregado á la muerte, volví en mi conocimiento, en una pequeña playa próxima á Motrico. Ahora bien. ¿Dónde pasé esas 24 horas? Lo ignoro. ¿Cómo volví en mí? No lo sé. Pero es de creer, que en el momento de desvanecerme, vendria alguna de esas monstruosas andanadas que levanta la marejada de tiempo en tiempo, y que alzándome como á una pluma, me arrojaria playa arriba dejándome en seco al retirarse.

—¿Y á que hora perdiste el sentido?

—Hacia las cuatro próximamente.

— A la hora en que vi anteayer ya marchitada su rosa, dijo para sí ella. Luego añadió en voz alta:

—¿Y cuando lo recobraste?

—A igual hora del siguiente dia, es decir, ayer tarde.

— Sí; y á la misma en que yo pedía á la Virgen que le devolviera á la vida, pensó la jóven, y luego alzando la voz le preguntó:

— ¿Y qué sucedió despues?

—Que llegué medio arrastrándome á casa de mi padre donde he pasado la noche. Esta mañana quise tomar el camino para aquí, pero ya por acceder á los deseos de mi padre que queria comer conmigo, y ya tambien porque me hallaba un poco fatigado me rendí á su voluntad, y allí he estado hasta las dos ó las tres, enque he emprendido el trote para esta, llegando mientras tú estabas en la iglesia.

—Y dime, Ortuño, murmuró con voz conmovida la jóven, ¿nó echas de ver que hay muchas cosas increíbles, casi milagrosas en lo que te ha pasado?

—Eso es segun se tomen las cosas, repuso Ortuño.

—Tómalas como quieras; pero eso de no poder acercarte á tierra hallándote vivo y con todas tus fuerzas, y luego llegar, estando desmayado ó muerto; permanecer 24 horas sin dar señales de vida y encontrarte de pronto en plena salud; y todo ello coincidiendo con otras cosas no ménos extraordinarias que á mí me han ocurrido, dá á ese suceso un carácter misterioso y terrible. Pero muy terrible, Ortuño! añadió la jóven por preparar á su primo á lo que le iba á decir.

—¡Chica me vas á asustar! exclamó riéndose éste.

—¡Por Dios, Ortuño, no te rias! Te se van á erizar los pelos en cuanto conozcas la situacion en que te hallas.

—¡Pues esta sea la peor! Encontrarse tras una buena cena, cara á cara con una muchacha como una perla. Por ahí me las den todas, hija.

—¿Y si tuviera que darte una funesta, espantosa noticia, en que te fuera tal vez la vida?

—Te diria que dejáras pasar al ménos esta noche, pues lo malo cuanto más tarde mejor.

—Pero no puedo dejarlo. Necesito hablarte, porque un deber de conciencia me obliga á ello. Pero ¡hay Ortuño mio, apela á todo el valor que Dios te ha dado, y perdóname la pavorosa desgracia que voy á comunicarte!

—Pero mujer, acaba. No parece sino que viene el dia del juicio. Tú estás buena, el aitona está vivo, mi padre está sano.... ¿Qué demonio puedes pues decirme, que haya de morderme tanto?

—¿Y tú?—exclamó temblando de miedo la jóven.

—¿Yo, qué?

—¿Estás seguro.... de... que te hallas.... vivo?

—Pues hija, hasta tanto podria llegar la broma, exclamó riéndose Ortuño.

—¿Quieres oirme un momento? preguntó con gravedad Dominica?

—No deseo otra cosa, repuso el otro.

—Escucha, pues, primo mio. Eres hombre, eres valiente, eres cristiano y te pido que te acuerdes de esas tres cosas para oirme con serenidad. No habrás olvidado que al marcharte ofrecí en ofrenda á la Virgen un rosal con dos flores abiertas las cuales simbolizaban tu destino y el mio.

—Sí. El mio la de la derecha y la otra el tuyo.

—Pues bien; mientras ha durado tu ausencia, he subido todas las tardes á la iglesia, para pedir á Dios por tu salud y ver al mismo tiempo nuestras flores; y aquí principia lo raro; hasta ayer á la tarde una y otra se han conservado frescas y lozanas.

—Las regaría la hija del sacristan. Mañana le daré las gracias con un abrazo, y eso que preferible seria dárselo al gorrino de piedra de la iglesia de Deva.

—¡Ortuño! exclamó la jóven con severo acento.

—¡Sigue, sigue, y acaba que estoy lleno de curiosidad!

—¡Ayer á la tarde, estaba yo allí poco más ó menos á la hora en que tú naufragaste, y la rosa de la derecha cayó deshojada y sin vida!

—¡Por cuanto vos no habia de ser yo el pagano!

—¡Ah! pícara sacristana! ¡Pues que te abrace tu abuela!

Dominica sentia desgarrársele el corazon con las interrupciones de Ortuño; pero en fin, pensando en que era mejor que recibiera paulatinamente el golpe, continuó sin fijarse en ellas.

—La muerte de aquella flor, fué para mí el infalible anuncio de una desgracia tuya y desde aquel momento he estado aguardando la confirmacion de mis temores, hasta que ayer tarde, me la comunicó un marinero de Zarauz.

—¿Es tambien de los que se han salvado?

—Sí.

—Pues me alegro, porque es un buen muchacho. ¿Puede que aquel me contara entre los tiburones?

—Justamente. Por lo cual, ya puedes figurarte lo que yo habré sufrido, amándote, acaso más de lo que debiera.

—No chiquita. Eso no, por mucho que hagas.

—Pero si como mis penas no fueran bastantes, vino á rematarlas la sombría desesperacion del pobre abuelo, que me estaba repitiendo á todas horas, que si tú no llegabas para el Gabon, él se moriría al día siguiente.

—Pues hubiera hecho muy mal.

—Al principio no dí gran importancia á sus palabras, creyendo que serian simplemente uno de esos deshagos de los primeros accesos de dolor, pero posteriormente y sobre todo en estos tres dias se iba abatiendo de tal modo que me convencí de que si tú no venias, no habria remedio para él. Sintiendo entónces dentro de mí una especie de inspiracion misteriosa, le pregunté ayer tarde, si se reanimaria con

verte á su lado esta noche aunque fuera para que te ausentaras luego de aquí, y habiéndome contestado afirmativamente, subí á la iglesia y llena de una fê viva, pedí á la Virgen que te hiciera volver á la vida, siquiera solo para esta noche, á fin de arrancar al pobre anciano de la sombría desesperacion que le iba á llevar á la tumba.

—¿Sabes chiquita, que te pierdes de generosa? Pues á fê que la mismo le costaba á Dios, darme un día, que un siglo.

—Pero en ese caso, mi peticion hubiera sido interesada, por lo que ni merecia, ni hubiera sido acogida, lo que no sucedia siendo movida únicamente, por la afliccion de un padre desgraciado.

—No son pocas teologías para una montañesa.

—Así es, que al terminar mi oracion sentí una segura confianza de que habia sido escuchada; y en efecto, al levantar la cabeza, vi que tu flor ántes deshojada y seca, se hallaba ya erguida sobre su tallo, llena de lozanía y de vida. Esto sucedia ayer tarde, precisamente á la hora en que tú despertabas en la playa.

—Si te digo que hay cosas que no se esplican; respondiô el mozo, sin saber qué pensar de tan rara coincidencia.

—¿Que no se esplican? ¡Ay, Ortuño! ¡harto clara veo yo esa esplicacion! El caso es que por último, esta tarde subí tambien á Iciar, y al dar las gracias á la Virgen por el milagro, que ya para mí era indudable, vi agitarse las flores al mismo tiempo que resonaba por allí tu primer *alayua*

—Mira Dominica repuso con gravedad Ortuño; no dejo de conocer, que hay cosas muy raras en lo que nos ha pasado, y yo sin merme en honduras, doy muchísimas gracias á Dios y á la Virgen por verme sano y alegre entre vosotros. Así, mañana me confesaré, y á la tarde tarde cantar una Salve en su honra.

—Harás bien, muy bien Ortuño; mas no eches en olvido, que esa vida que tienes te se ha dado por momentos; y que debes prepararte á dejarla con santa resignacion.

—¡Lo que es eso protesto, hija! Yo me encuentro perfectamente bien con mi vida, y no pienso soltarla, así, sin más ni ménos. ¿y ahora que se me hace agua la boca, al pensar que vamos á casarnos muy pronto? ¿Pues no era mala la ocasion para estirar la pata?

—¿Pero qué se ha de hacer, Ortuño?

—¿Que hacer? Al ménos yo, irme por de pronto á la cama y dormirme soñando que dentro de un mes tendré una mujercita que vale

los oros del mundo; y en cuanto á tí, si te hace cosquillas el miedo, puedes pasar la noche pidiendo á la Virgen que ya que antes te otorgó mi vida en obsequio del viejo, te la conceda ahora, para mi felicidad y la tuya.—

Diciendo así, y ántes de que la jóven volviera de su abstraccion, la dió un cordial abrazo, y se escapó riéndose del gesto de disgusto que hizo á su exabrupto.

Dominica, al verse sola, se retiró á su habitacion, y se echó de rodillas á los piés de un crucifijo.

Allí permaneció más de dos horas rezando y llorando á la vez; y espiondo con mortal ansiedad el menor ruido, el más leve rumor que le anunciára la desgracia de Ortuño.

No pudiendo dominar por más tiempo su agitacion, se puso en pié y se dirigió silenciosamente hácia el cuarto que ocupaba su primo, y aplicó el oído á la puerta.

Ortuño dormia; y muy sosegadamente á juzgar por su acompasada y tranquila respiracion.

Algo aliviada con esto, volvió á su cuarto, y arrodillándose de nuevo continuó rezando hasta que apuntó la primera luz de la aurora.

Entónces se levantó y se dirigió como ántes al dormitorio del jóven, y al aproximarse á la puerta, se le figuró oír dentro un sordo murmullo, que podia tomarse por la fatiga anhelosa de la agonía.

La infeliz tuvo que apoyarse en la pared para no caer rendida al peso de su emocion.

Sin embargo reunió todas sus fuerzas para pronunciar débilmente el nombre de

—¡Ortuño!

—¿Quién es? contestaron del cuarto.

—¡Soy yo! dijo con voz apagada ella.

—Pues entra hija, que no has de encontrarte con los malos; respondió con alegre acento Ortuño.

—¿Pero á qué té levantas tan temprano? dijo ella entrando, y añadió luego con inquietud: ¿Acaso te sientes mal, primo mio?

—No, hermosa prima, nó, al contrario; más sano y más guapo que nunca. Sino que como soy un buen cristiano y un muchacho juicioso, á pesar de la mala opinion en que me teneis, he estado haciendo mi exámen; pues como te dije anoche voy á celebrar este gran dia con un buen lavatorio del alma.

Dominica se tranquilizó, y levantó los ojos al Cielo con muestras de intensa satisfaccion, diciendo en seguida:

—¡Muy bien, Ortuño mio! ¡Oh! ¿quién sabe si por ese buen pensamiento accederá Dios á mis ruegos?

Despues de esto se despidió de él, y dirigiéndose apresuradamente á Iciar, entró en el templo.

Poco más tarde llegó Ortuño, y despues de confesarse se presentó á comulgar en la grada.

Estaba solo; y en el momento que recibia al Señor, Dominica creyó ver moverse las dos rosas cruzándose la una sobre la otra y uniéndose estrechamente, formar un lazo las dos.

Ahogada casi á su vista, por una indescriptible sensacion de placer, dobló la frente en tierra, y murmuró con acento trémulo de gratitud:

—¡Oh! ¡Gracias, Santísima Virgen mia! ¡Porque has oido de nuevo á tu sierva!

Despues de esto, aun permanecieron uno y otra largo tiempo en la iglesia.

Ortuño fué el primero que salió, y á los pocos momentos se le reunió su prima.

Su frente brillaba con la serenidad del contento, sus lábios sonreían dulcemente, y resplandecían sus miradas con efluvios de inefable felicidad.

Ortuño quedó sorprendido al verla de aquel modo, y exclamó contemplándola con amoroso arrobamiento:

—¡Oh! ¡Qué hermosa estás, Dominica: si los ángeles del cielo tienen figura como los hombres, deben parecerse á tí!

—¡Es que soy muy dichosa, Ortuño! respondió la doncella mirándole con ternura: ¡y la dicha embellece! Dios permite nuestra union. ¡Oh! ¡qué bueno, qué bueno es Dios.

El rosal simbólico desapareció el mismo dia; segun Dominica llevado por el ángel del Señor, y segun Ortuño, por el demonio de la sacristana, á quien clasificaba entre los de la otra banda, por su excesiva fealdad.

Como quiera que sea, dos meses despues, casados ya los dos primos, eran todo lo felices que pueden ser dos criaturas en el mundo;

pero si contentos se hallaban con su suerte, no lo estaba ménos el venturoso y viejo Echejaun, que elevado á un nuevo grado de paternidad, todavía vivió lo bastante, para celebrar otro Gabon con ellos, viendo con la baba en los lábios y el contento en el alma, jugar en sus rodillas á un precioso retoño de los Auzárragas, de la misma catadura y del mismo nombre que él.

Deva, Diciembre de 1866.

JUAN V. ARAQUISTAIN.

NEGUARI.

(AMALAUDUNA.)

Kanpoak oi deuskuz Florak aldi baten
 Apainduten loraz añ zoragarri,
 Uda andik laster eskiniatz jaten
 Datorkio barrez gose danari.
 Bioen aldía danean joaten
 Agertzen da Bako penen pozgarri,
 Triste bat badakus, emonik edaten
 Ipinten dau arin pozez kantari.
 Baña, gaur laugarren dogu etorria,
 Surretik botiaz, tan, tan, dindirriá,
 Neptuno urtetsu, buru urdiña.
 Otzak kikildurik, kapaz estalia,
 Aguren illtzalla, gazte zartzallia,
 Negu baltz, itsusi, zital, zikiña.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

1884.^{ko} Abenduraren 21.^{an}